XII

La antigüedad del arte rupestre del Norte de Africa

Muy rico es el Norte de Africa en manifestaciones de Arte Rupestre, reducidas casi exclusivamente a grabados, que ofrecen, tanto en el Sáhara-Atlas (Sur de Orán), como en el Sáhara Central (región del Hoggar), focos artísticos importantísimos que se extienden hasta la cuenca del Níger. Fuera de las regiones occidentales aludidas son más escasos los grabados rupestres, que llegan hasta el Sur de Libia (Arkenu). Nubia, por su parte, forma un grupo especial.

Gracias a un detallado conocimiento del Arte Rupestre occidental (1) del Norte de Africa, es dado establecer en éste para su estudio varios períodos. El más reciente es el libio-bereber, con grabados y dibujos sumamente esquematizados, que por el hecho de aparecer entre ellos el camello doméstico, deben ser considerados como de época romana aproximadamente. El segundo, cronológicamente hablando, se adentra en los tiempos "prehistóricos" y nos ofrece representaciones naturalistas, con frecuencia intensamente patinadas. Este segundo período tiene en su fase más reciente manifestaciones en las que, no obstante su seminaturalismo y

(1) Véase sobre todo: G.-B.-M. Flamand, *Les Pierres Écrites (Hadjrat-Mektoubat)*. Paris, 1921.—L. Frobenius und H. Obermaier, *Hádschra Máktuba. Urzeitliche Felsbilder Kleinafrikas.* München, 1925.

el espíritu verista que las informa, es de notar la tendencia esquematizadora. Esta etapa representa la evolución natural de aquella más antigua que buscaba invariablemente el máximo de realismo en sus representaciones. El problema cronológico del Arte Rupestre norteafricano está aún en plena discusión, y se ha llegado a atribuír a la serie riquísima de obras más antiguas y plenamente naturalistas una antigüedad que remontaría nada menos que a la época diluvial, por lo cual las manifestaciones artísticas de las cavernas del Occidente de Europa (España y Francia) serían sincrónicas y estarían con ellas estrechamente emparentadas. Herbert Kühn, en su libro sobre el Arte Paleolítico (1), dedica al material africano varios capítulos, y afirma que el Arte cuaternario europeo no ha logrado ser apreciado "en su grandeza, su valor y sentido expansivo" hasta que ha sido puesto en relación con el africano.

El problema cronológico de aquel grupo naturalista más antiguo quedaría indiscutiblemente resuelto en caso de que se consiguiese señalar en la lista de los animales reproducidos especies que vivieron en el Africa Menor sólo durante el cuaternario y que se extinguieron totalmente al final de este período, o que, por lo menos, emigrados entonces al Centro o Sur de aquel continente. Lo trascendental de este argumento bien a las claras está si recordamos el hecho de que bastó esto para que se acallasen todas las protestas y discusiones en torno a la edad de las pinturas de las cuevas cántabro-francesas. La fauna de los grabados norteafricanos es cronológicamente de la mayor ambigüedad, ya que son las representaciones de elefantes, rinocerontes y jirafas en suelo africano tan poco elocuentes en este respecto como las de leones y panteras, caballos salvajes y onagros, bóvidos, antílopes, gacelas y avestruces. Curioso resulta destacar el hecho de que escaseen representa-

(1) H. KÜHN, *Kunst und Kultur der Vorzeit Europas. Das Paläolithikum.* Berlin und Leipzig, 1929.

BÚFALOS ANTIGUOS E IBIS

Grabados rupestres de Ksar Amar (Sáhara-Atlas).

Según L. Frobenius y H. Obermaier, *Hádschra Máktuba*. München, 1925.

ciones de ciervos y jabalíes, lo que se compagina mal con la natural preferencia por tales animales, de un hombre eminentemente cazador como lo era el del Paleolítico Superior. Elocuente también es el que falten en absoluto representaciones de hipopótamos y camellos salvajes, lo cual, en vez de acercarnos a un ambiente diluvial, nos aparta de él. Lugar importante ocupa entre las representaciones más remotas el búfalo antiguo (*Bubalus antiquus*), con su imponente cornamenta. Esta especie, con la cual se las tuvieron que haber frecuentemente aquellos cazadores, es la única desaparecida hoy por completo, aunque, según parece, su extinción no tuvo lugar en el Cuaternario, como generalmente se ha aceptado hasta ahora, sino en fecha mucho más reciente, puesto que dicho animal, junto con otros domésticos, fué objeto de honores religiosos. (Lámina I.)

Gran importancia reviste el hecho de que entre la fauna salvaje representada en los grabados aparezcan animales domésticos auténticos. Es imposible, por otra parte, poner en duda el perfecto sincronismo de ambos grupos, ya que de un lado la estratigrafía de los grabados y de otro el espíritu que les informa, junto con su estilo, no dejan lugar a duda en este punto. Intima era la simbiosis que unía al carnero con el hombre, al cual además iban unidas una serie de verdaderas ideas religiosas, como lo manifiesta de manera clarísima el disco con halo que aparece distintas veces en representaciones que nos recuerdan al carnero sagrado de Egipto. Según se desprende de los detenidos estudios de M. Hilzheimer (1) y L. Adametz, no existe en el Norte de Africa ninguna especie de carnero salvaje (género *Ovis*, L., que no debe confundirse con el *Ammotragus*) de que pudieran derivar las formas domésticas. Estas

(1) M. HILZHEIMER, *Säugetierkunde und Archäologie.* (Zeitschrift für Säugetierkunde, t. I; Berlin, 1926.)—Del mismo: *Nordafrikanische Schafe und ihre Bedeutung für die Besiedlungsfrage Nordafrikas.* (Zeitschrift für Säugetierkunde, t. III; Berlin, 1928.)

tendrían su origen en Asia, y son de tal índole los caracteres de domesticidad que aparecen en las representaciones naturalistas africanas (cara sumamente corta, curvatura de la mandíbula inferior, orejas colgantes, cuernos pequeños y muy retorcidos, giba de grasa y larga cola), que es preciso pensar en una domesticación sistemática, larga y laboriosa. (Lámina II.)

Objeto del mismo culto fué el búfalo antiguo, ya que en un reciente hallazgo de Ribot, en el distrito de Géryville, aparece este animal con el mismo disco sagrado con halo que los carneros. Junto a estos últimos animales hay representaciones de cabras domésticas, según demuestran los collares que llevan, para las cuales es también imposible encontrar antepasados salvajes en tierra africana.

Lo mismo que la lista de la fauna, tampoco se puede emplear, en un examen riguroso, en favor de la hipótesis de una antigüedad diluvial de estos grabados rupestres del Africa Menor, el hecho de que la fauna allí inmortalizada no podría vivir en las mismas regiones, con las condiciones climatológicas hoy reinantes. Los grabados rupestres representan un verdadero "paraíso animal", con grandes rebaños de elefantes, búfalos y otras especies inimaginables en el actual Atlas sahariano o en el Hoggar (Ahaggar), ya que para subsistir precisan un suelo jugoso, húmedo y abundante en pastos. Las regiones aludidas estaban entonces cubiertas, en parte, de bosques y arbustos, así como de sabanas herbáceas; en los valles bajos y llanos bien regados y abundantes en aguas hubo grandes extensiones pantanosas. Ríos como el Tafassaset y el Igharghar, que nacen en el macizo montañoso del Hoggar, unirían el Norte de Africa con la región del Níger, cuya corriente surcarían los cocodrilos, que hoy todavía, y cual reliquia de aquellos tiempos, viven en el lago de Mihero y en los pantanos del Ennedi.

Sería erróneo el pensar que la desecación de estas

CARNEROS "SAGRADOS" Y FIGURA ANTROPOMORFA

GRABADOS RUPESTRES DEL DJEBEL BESSEBA (SÁHARA-ATLAS).

Según L. Frobenius y H. Obermaier, *Hádschra Máktuba*. München, 1925.

regiones tuvo lugar de una manera uniforme o bien sincrónicamente en todas partes, coincidiendo con el fin del último período glaciar, en tal forma, que el régimen desértico imperase ya en la época de transición del Diluvium a la actualidad (Holoceno), haciendo imposible de todo punto la existencia en aquellos lugares de las especies del Cuaternario final. Ahora, gracias al moderno conocimiento de la historia climatológica del Norte de Africa —desde luego aún impreciso—, sabemos que las "regiones del Arte Rupestre" fueron, aun durante una buena parte del Holoceno, susceptibles de vida, ya que gozaban de abundantes lluvias capaces de mantener una rica flora, una abundante fauna y al Hombre mismo, habiendo subsistido tales condiciones de clima hasta tiempos relativamente muy modernos.

Según se desprende de los descubrimientos de numerosos investigadores, de los que sólo citaremos a César, Flamand, Gautier, Huguenot, Lamothe, Noel, Minette de Saint-Martin y sobre todo Reygasse, durante el Cuaternario superior no representaba el Sáhara su actual papel de barrera, sino que, por el contrario, era la región que establecía el nexo entre el Norte y el Sur, como lo demuestran los abundantes hallazgos paleolíticos en los territorios del Sud-sahariano que se adentran hasta el Sudán francés. Los mismos resultados son aplicables —y esto queremos subrayarlo— al Neolítico, de fecha mucho más reciente. Hallazgos neolíticos no sólo existen en la zona actualmente desértica de Mauritania (Makteïr, Adafer), sino en los "Territoires du Sud"; como, por ejemplo, en la parte Suroeste de Aïn-Sefra (alrededores del Bordj Violette; Chenachan); en el Gran Erg occidental (alrededores de Timimoun), y hacia el Sur, por Tademaït y Tidikelt hasta Ahenet, Mouydir y el macizo desértico del Hoggar. En los profundos y anchurosos ríos, convertidos hoy en insignificantes arroyos, que se pierden en tan gigantescos álveos, pescaron intensamente los ascendientes de los tua-

reg y se dedicaron al cultivo en gran escala de las entonces fértiles márgenes, según lo acreditan abundantes anzuelos y piedras de molino. Los pobladores actuales viven, desde la Edad del Hierro próximamente, en la región montañosa, algo más húmeda, alimentándose casi exclusivamente de leche, carne y dátiles. Otros documentos de la ocupación en el Neolítico suministran, en los "Territoires des Oasis", las regiones del Oued Mya (entre Ouargla y Haci-Inifel); el Gran Erg Oriental; la región de Djoua (Fort Flatters-Temassinin) y de Tassili-n-Ajjer (Fort Polignac-Tarat), así como la zona desértica meridional de Tanezrouft-Ténéré.

Es indiscutible que durante el Neolítico ocupaba el hombre una serie de zonas del Sáhara bastante extensas, a cuyo cultivo se dedicaba, que hoy resultan en absoluto desoladas e inhabitables, ya que el desierto ha hecho presa en ellas desde entonces. Al Sur consta cómo aumenta progresivamente la desecación del lago Tchad, y al Norte vemos invadir las arenas desérticas lo que en la época romana fueron florecientes villas rústicas, por haber descendido desde entonces el nivel de las aguas subterráneas. Ya hemos destacado antes que el inventario faunístico de los grabados rupestres del Africa Menor no encierra ninguna especie exclusivamente cuaternaria, sino que, por el contrario, ofrece representaciones de verdaderos animales domésticos. Por esto aquellos grabados se colocan sin dificultad alguna en el clima favorable del Neolítico del Sáhara, que se adentra profundamente en la época actual, tal vez hasta próximamente el año 1000 antes de J. C., ya que por la ausencia casi completa de la Edad del Bronce en estas regiones, sigue al Neolítico la Edad del Hierro. Con esto concuerda, en forma elocuente, el que ninguna de las estaciones con grabados aparezca en el verdadero desierto, sino en lugares en que hasta hace poco imperaron aún posibilidades de vida, atestiguadas principalmente por

vestigios de aguas, situados la mayoría a lo largo de las rutas de caravanas, aún hoy día utilizadas (1).

Ningún hecho positivo existe en apoyo de la hipótesis de algunos autores de que el Neolítico haya comenzado en Africa antes que en Europa; esto es, que principió con el final del Cuaternario. Ya hemos dicho en otros lugares (2) que en el caso más favorable podría colocarse su principio en el "clima óptimum" postglaciar; mas, aun esto demostrado, nada saldría ganando aquella hipótesis. Con nuestro modo de ver el problema concuerda perfectamente el que el Neolítico puro de Egipto (descubierto recientemente en Fayum y Merim-de-Benisalame) es fechado por los egiptólogos en 5000 años antes de J. C., aproximadamente. Ahora bien: si consideramos que la fauna representada en los grabados rupestres del Africa Menor e importada de Asia, ofrece elementos anatómicos con caracteres muy especializados gracias a una muy larga domesticación, sería imposible hablar de un Neolítico inicial para estos grabados, ya que todos los hechos coinciden en marcarnos fases más tardías de esta civilización.

Nosotros no aceptaríamos, por todo lo expuesto, que el Arte Rupestre del Africa Menor, muy bien caracte-

---

(1) En ningún caso han aparecido utensilios de piedra en relación con las rocas con arte rupestre, que puedan ser considerados como paleolíticos. Si tal hallazgo hubiese tenido lugar, y los objetos apareciesen en estratos que total o parcialmente cubriesen los dibujos, entonces habría razón para afirmar la edad paleolítica de aquellas manifestaciones artísticas, pues constituirían el argumento irrebatible que conocemos en yacimientos franceses, como: Cap-Blanc, La Grèze y Teyjat (Dordogne), Pair-non-Pair (Gironde) e Isturitz (Basses-Pyrénées). De un hecho de tal índole no hay en el Norte de Africa la menor prueba.

(2) L. FROBENIUS UND H. OBERMAIER, *Hádschra Máktuba.* München, 1925. (Págs. 57-58.)—H. OBERMAIER, *L'âge de l'art rupestre nord-africain.* L'Anthropologie, t. 41. París, 1931. (Páginas 71-72.)—Véase: M. REYGASSE, *Programme de recherches sahariennes. Préhistoire et Ethnographie.* Alger, 1930.

rizado, especialmente en el Sáhara-Atlas, pertenezca a la época diluvial, y tenemos como errónea la hipótesis del próximo parentesco entre él y las pinturas rupestres del Levante de España. Esto es demostrable también, ya que las numerosas representaciones de animales del círculo sahariano no tienen, ni mucho menos, la vida que las del Cuaternario europeo, y que las representaciones humanas, que aquí carecen de interés artístico, no se pueden comparar de ningún modo con aquéllas, rebosantes de vida, del Capsiense español.

No obstante lo anteriormente expuesto, surge la pregunta de si existe la posibilidad de que en suelo africano encontremos otras manifestaciones artísticas equivalentes a las del Levante de España, y, por tanto, diluviales. Esto es muy verosímil, ya que hemos de recordar que el Paleolítico superior de ambas zonas tiene las mismas raíces comunes en la cultura madre Capsiense. En efecto, es recientísimo aún el hallazgo en el Oued Mengoub (al Sur de Biskra, zona de Touggourt) de un yacimiento típico del Capsiense superior en el que han aparecido fragmentos de cáscaras de huevo de avestruz que llevan una pintura en rojo, perfilada con grabado, representando un animal yacente (1). El dibujo ofrece una identidad sorprendente con las figuras de animales que por centenares existen en los abrigos del Levante español, y cuya edad paleolítica no puede ponerse en duda con base seria (2). Estos mismos artistas, al igual de sus contemporáneos de Francia, practi-

---

(1) H. Breuil-Clergeau, *Oeuf d'autruche gravé et peint et autres trouvailles paléolithiques du Territoire des Ouled Djellal (Sáhara septentrional)*. L'Anthropologie, t. 41. París, 1931. (Páginas 53-64.)

(2) H. Obermaier, *El Hombre Fósil* (2.ª edición). Madrid. 1925. Capítulo VII. (El arte cuaternario.)—H. Obermaier y P. Wernert, *La edad cuaternaria de las pinturas rupestres del Levante español.* (Memorias de la R. Sociedad Española de Historia Natural, t. XV, publicado en homenaje a don Ignacio Bolívar. Madrid, 1929.)

caron su arte también en plaquitas de piedra: en la Cueva del Parpalló (Valencia), explorada por L. Pericot, existe un yacimiento paleolítico, cuyos estratos miden ocho metros de potencia, en el que aparecen no sólo grabados numerosos en los niveles magdalenienses, sino también una serie de pinturas monócromas de animales que a menudo llevan los contornos grabados. Estas últimas estaban a unos 4 a 5 metros de profundidad en el estrato solutrense o más profundas aún.

Ahora, a merced de la luz que esparce el hallazgo de la pintura del Oued Mengoub, precisamente en la cuna del Capsiense (Argelia), podemos considerar una serie de pinturas rupestres de Sáhara, cuyo interés sube de punto por formar un grupo perfectamente caracterizado y fundamentalmente distinto del anterior. Gracias a los estudios de H. Breuil, sobre todo, conocemos de poco tiempo a esta parte una serie de interesantísimas figuras naturalistas, por lo común pintadas y sólo algunas veces grabadas o picadas, en el valle de Tellizzharen (Mourzouk, al NW. del Lago Tchad); en el Oued Bou Aluan, cerca de Kerakda (Djebel Amour, Sáhara-Atlas); en la Cueva de In-Ezzan (al S. de Rhat, en el Fezzan), así como en el oasis de Ouenat (Karkoum Talh, al S. de los oasis de Kufra, en Trípoli) (1). En acentuada contraposición al grupo de grabados del Sahara-Atlas, de que antes hablamos, estas figuras coinciden en estilo y asuntos, tanto con las pinturas de los abrigos del Levante de España, como con las denominadas con el nombre genérico de "arte bosquimano" del Sur de Africa, en tal forma y en tal grado, que es posi-

(1) Véase: H. OBERMAIER UND H. KÜHN, *Bushman Art. Rock Paintings of South-West-Afrika.* London, New York, Toronto, Melbourne, Cape Town, Bombay, 1930. (Capítulo IV: Presunto arte bosquimano en el Centro y Norte de Africa. Cap. V: Sobre la supuesta existencia de bosquimanos en Europa durante el Paleolítico superior.)—Editions "Cahiers d'Art": L. FROOBENIUS-H. BREUIL. *Afrique.* Paris, 1931.

ble hablar, hasta cierto punto, de verdadera identidad. Gracias al hallazgo de la pintura del Oued Mengoub es posible, por vez primera y con base real y seria, hablar del Africa Menor como patria de un tercer grupo de arte cuaternario, que contaría entre sus localidades todas las saharianas que acabamos de citar. Lo dicho no se debe interpretar en el sentido de que los autores de las pinturas del desierto hayan sido bosquimanos (1), ya que sería muy arriesgado el pretender establecer que a una misma concepción y expresión artística corresponda un artista de la misma raza. Lo que sí es muy probable es que el Arte Rupestre del Sur de Africa tenga sus raíces en el Capsiense del Africa Menor, desde donde emigró a lo largo de los Grandes Lagos para llegar al otro lado del Ecuador a formar en el Sur un nuevo centro floreciente de arte.

Análogas manifestaciones artísticas aparecen, en efecto, en la zona intermedia entre el N. y S. de Africa, a pesar de que la información sobre el particular sea aún escasa e incompleta, basada tan sólo en algunos descubrimientos fortuitos. Pinturas rupestres de estilo bosquimano se conocen en la región del Lago Tanganika, donde F. J. Bagshawe y A. T. Culwick señalaron en los alrededores de Kisana y Dindima (Meseta de Iramba) representaciones muy artísticas de avestruces, jirafas, antílopes, elefantes y figuras humanas (2). Es probable que pertenezcan al mismo conjunto también las pinturas de la cueva de Diri-Daoua, en Abisinia, des-

---

(1) P. SARASIN, *Die menschlichen Sexualorgane in entwicklungsgeschichtlicher und anthropologischer Beziehung, mit allgemeinen Betrachtungen über die Phylogenie und die geographische Verbreitung des Genus Homo.* Verhandlungen der Naturforschenden Gesellschaft in Basel, t. XXXVII, 1926; pág. 235 y sigt.

(2) F. J. BAGSHAWE, *Rock Paintings of the Kangeju Bushmen, Tanganyika Territory.* Man., t. XXIII, Paris, 1923. (Pág. 146.)—A. T. CULWICK, *Some Rock-Paintings in Central Tanganyika.* Journal of the Royal Anthropological Institute of Great Britain and Ireland. Vol. 61. London, 1931. (Pág. 443.)

cubiertas recientemente por P. Teilhard de Chardin y M. de Monfreid.

Nada autoriza en el momento actual a atribuír al Cuaternario las fases más antiguas del arte sudafricano, ya que tales pinturas, en que los bosquimanos han tenido seguramente gran parte, son el final de una larga y lenta emigración a través del Continente Negro, y, por tanto, más modernas que las del Norte.

HUGO OBERMAIER.